

REVISTA DE ARAGON

SEMANARIO DE CIENCIAS, LETRAS, ARTES É INTERESES GENERALES.

PUNTOS DE SUSCRICION.

ZARAGOZA: En el taller de encuadernaciones, calle de San Félix, número 2, en el almacén de papel de La Bandera Española, Coso, núm. 62, y en las librerías de la señora viuda de Heredia, Bedera, Sanz, Francés, Osés y Meneadez.—HUESCA: Librería de don Jacobo María Pérez.—TERUEL: Administracion de *El Turolense*.—MADRID: Librería de D. Mariano Murillo, Alcalá, 18.

—Se insertan anuncios á precios convencionales.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	TRIMESTRE.	SEMESTRE.	AÑO.
En Zaragoza.....	8 rs.	15 rs.	28 rs.
En Madrid y provincias.	10 »	18 »	32 »
Números sueltos, <i>quinco</i> céntimos de peseta.			
Toda la correspondencia literaria y administrativa se dirigirá al Director de la REVISTA DE ARAGON, D. Mariano de Cavia, Píno, 2, 2.º.—Los anuncios, avisos y reclamaciones se reciben en la librería de Osés, D. Jaime I, 42, frente al restaurant de Fortis. —No se devuelve ningun manuscrito.			

SUMARIO.

- I.—*Crónica Aragonesa*, por Valerio.
- II.—*La Basílica del Pilar* (conclusion), por D. Mariano de Cavia.
- III.—*La Biblioteca del Dr. D. Gabriel Sora*, por D. Toribio del Campillo.
- IV.—*La Audacia*. Novela por Alfredo de Musset.—(Continuacion.)
- V.—*La Puentevilla Ambiciosa* (fábula), por D. M. Polo y Peyrolon.
- VI.—*Tipos del proscenio*.—Antonio Vico, por Armando Aivecia.
- VII.—*Espectáculos, miscelánea y anuncios*, en la cubierta.

CRÓNICA ARAGONESA.

Como cierto filósofo demostraba el movimiento á sus discípulos moviéndose, así tambien es posible probar que estamos en pleno verano aduciendo el irrefragable y auténtico testimonio de los que hoy veranean.

Nada importa que el tiempo, impulsado por cierta malévolá antipatía hácia los astrónomos zaragozanos y aun cosmopolitas, desmienta descaradamente las profecías de *calores excesivos, grandes calores, calores y tempestades*, etc., que todos los almanaques estampan en letra cursiva; ni es obstáculo que el viento recio y glacial que á la caída de la tarde se levanta haga imposibles y mal sanos los paseos que, como decía el duque de Rivas,

á los tibios y pálidos reflejos
de la luna, en las noches del estío

se complacen en dar enamoradas parejas: tal es la fuerza de la costumbre, que aun cuando para huir de un *supuesto calor* sean innecesarios los viajes, no dejarán de emprenderlos las familias y afortunados mortales para quienes constituyen un artículo de primera necesidad en Julio y Agosto.

* * *

Librenos Dios de juzgar reprehensible esta afición: si segun un atrevido axioma «viajar es renacer á cada instante,» y si segun otro que se refiere á la facilidad y rapidez de los trasportes «hoy no se viaja sino que se llega,» ¿cómo sustraerse á las múltiples seducciones que brinda esta nueva fase de la existencia en que sin trabas sociales y ajeno á las preocupaciones admitidas, se espacia el ánimo en más alta esfera de pensamientos evocados por la contemplacion de un espectáculo siempre

nuevo y renaciente que tiene por autor á Dios y por teatro á la naturaleza? Al rugir de la locomotora cambian á cada instante los ángulos visuales del viajero que, sediento de luz, sol, libertad, nuevos horizontes, montañas abruptas, ignorados valles y majestuosos ríos, desde la ventanilla de su wagon contempla y admira; en los móviles paisajes que se suceden sin interrupcion vé reflejarse todos los distintos aspectos de la naturaleza; ora undular los bosques bajo un cielo azul, ora sucederse las montañas limitando bruscamente la inmensidad que ante la asombrada vista se estendia, ya aparecer un río cuya apacible y argentada superficie se destaca en el aterciopelado verde de la pradera ó ya surgir, á lo léjos, el mar que surcan blancas velas y que sombrias brumas coronan.

Dignos de envidia son los que á tan incesante espectáculo de renovacion y cambio asisten: los vemos partir con tristeza, les encargamos que en su dichosa excursion consagren un recuerdo á la amistad, les deseamos feliz viaje, próspera acogida, alojamientos cómodos, agradables aventuras que referir á su vuelta... y cuando lanzando densos penachos de humo se pierde de vista la colosal serpiente de hierro que por los rails se desliza, regresamos á nuestros hogares recordando melancólicamente que en España los descarrilamientos han dejado de ser cosas imprevistas, ó que el amigo de quien nos hemos despedido puede, á su regreso, volver casado.....

* * *

Les hemos deseado buen viaje á los que salen: demos la bienvenida á los que llegan.

Si á la escasa concurrencia que al teatro de Pignatelli asiste atendiéramos, bien podríamos asegurar que son muy pocos los que tienen noticia de la llegada de la excelente compañía dramática que el Sr. Vico dirige, teniendo en cuenta que el público zaragozano, aparte de su probada inteligencia, es el más amable y complaciente de todos los públicos; así es que no nos explicamos que llenára todas las localidades del *Gran Teatro* hace pocos dias para asistir á la repetidísima y conocida *Voz pública* y para escuchar las tres ó cuatro *jotas aragonesas* que el Sr. Caballero nos propinó la noche de su beneficio, y que hoy deserte del mismo coliseo en que se ponen en escena, interpretadas

por las Sras. Marin y Contreras, las obras de los Sres. Vico y Echegaray, Sellés y Lopez de Ayala. ¡Cuán tristemente puede aplicarse la frase

¡Qué espantosa soledad!

con que este último termina su *Consuelo*, al injustificado é inexplicable desvío del público!...

* * *

He dicho inexplicable en un siglo que tiene la manía de buscar la explicación ó clave de todo lo desconocido y misterioso. Así es que cierto caballero muy supersticioso y algun tanto friolero me decía con mucha formalidad, guareciéndose en un toldo de lona del *Gran Teatro*:

—La falta de público á una función en que Vico toma parte alcanza las proporciones de una verdadera expiación. Este inteligente actor que mereció se le premiara, gratificara ó subvencionara de Real órden (yo no sé cómo se dicen estas cosas) por sus esfuerzos en pró de la decadente escena española cuando se encargó del Teatro de Apolo, ha inaugurado sus trabajos en Pignatelli con un espeluznante melodrama italiano cuyo protagonista es un energúmeno que pretende matar á todos los que tienen la desgracia de dirigirle la palabra. ¡No hay culpa sin pena!

* * *

Respeto todas las opiniones y por mi parte conceptúo que en lo sucesivo los empresarios de teatros, alegando el significativo precedente de que una compañía que Vico dirige no tiene público en la S. H., ofrecerán impunemente, escudados con cierto dístico de Lope de Vega—y sin que nadie tenga derecho á quejarse,—los espectáculos en que la estética y la moral brillen por su ausencia, los bufos Arderius, pongo por caso.

* * *

Me agradan mucho las modas cuando no cuesta dinero seguirlas y ya que,—según la frase de cierto personaje político,—están en moda los insectos nocivos á la agricultura, hablemos un poco de insectos.

Por de pronto me adhiero incondicionalmente á la afirmación del aludido personaje; no hay villa ni caserío que no procure tener su insecto, ni vid, sembrado ó patatar en que no surja alguno de tan diminutos y devastadores séres: los entomologistas están de enhorabuena porque ha llegado la de las reparaciones para su ciencia, y sé de alguno que inspecciona y examina sin descanso las alas de los pequeños merodeadores de nuestros vegetales, sostenido por la falaz esperanza de hallar en ellas alguna leyenda explicativa, á imitación de cierto corresponsal del *Diario de Barcelona*, que leía distintamente en las alas de las langostas las tremendas y fatídicas palabras *Dies iræ* que las gárrulas destructoras de nuestros cereales habían ido á aprender sin duda en el *breviario romano*....

* * *

En vano el Sr. Graells en Madrid, el Sr. Bragat en Zaragoza y en las demás capitales de provincia otros inteligentes agrónomos, agotan sus recursos científicos para poner un dique á tan formidables plagas: la filoxera se estiende; bandadas inmensas de mariposas cruzan la península, se abaten sobre

los campos y dejan en ellos el embrión de millares de orugas, gusanos y larvas cuya funesta influencia en las cosechas y en la Gramática, hemos de sentir muy pronto...

* * *

Decimos esto porque en algun periódico aragonés hemos leído, con el espíritu conturbado, un suelto que principia así:

«En Bubierca ha aparecido también una plaga de larvas que *asola*....»

¿Qué dirán los gramáticos que increpan duramente al popular Zorrilla por emplear semejante palabra con el disculpable motivo de hacerla consonante de *tremola* y *española* al conocer este *lapsus calami* de nuestros periodistas? ¿Y cómo escucharán éstos la sustitución del poético *asola* por el vulgar y corriente *asuela*, suponiendo que no escriben en verso sus gacetillas....?

* * *

«Horas menguadas debe de haber,» decía Moratin, y con mayor motivo deben decirlo de las que en esta semana han corrido, los periódicos que en ella han sufrido un eclipse parcial de quince días como el *Diario de Huesca*, ó la vista de una denuncia como el de *Zaragoza*.

Ni tampoco dejaría de prestarse á entretenidos comentarios la controversia suscitada con varios periódicos católicos por el Sr Vizconde de Torres-Solanot, á quien uno de sus adversarios titula *Sumo Pontífice* del espiritismo y al que, por respeto al anterior dictado, llamaríamos nosotros *paladín* ó *caballero andante* (no vale acordarse de Cervantes) de la secta de Allan Kardec... La polémica prometía ser si no edificante instructiva, aunque tal vez, como en la sostenida hace algun tiempo por el mismo con un Sr. Figueroa en la *Tribuna*, las cañas se hubieran tornado lanzas....

* * *

En la semana próxima se verificarán, si no estamos mal informados, los siguientes notables acontecimientos:

La llegada del eminente tenor Tamberlick,

La terminación de las obras del paseo de Santa Engracia,

Y el principio de una nueva era ó fase en la organización de cierta compañía de transportes y locomoción que en lo sucesivo cubrirá sus atenciones con exactitud y puntualidad, y cuyo lema ha sido, hasta ahora, el de aquel buen caballero «que no pagaba las deudas antiguas y dejaba envejecer las recientes.»

Tiene por lo tanto tela cortada para la próxima crónica el activo y discreto *Saldubio* á quien, con desventaja para el lector, aunque con el mejor deseo, ha sustituido hoy

VALERIO.

LA BASÍLICA DEL PILAR.

(Conclusion.)

Hállase como vinculada en este tabernáculo—ya lo he dicho—la restauración clásica que, durante el siglo XVIII, restituyó los perdidos dones de grandeza y

elegancia á la arquitectura española, víctima del mal gusto imperante á la sazón, como todas y más que todas las otras expresiones del sentimiento artístico y literario.

Así como Forment fué aprovechadísimo discípulo de los maestros inmortales que en los comienzos de la edad moderna hacían revivir lo que habían sumido en tenebrosas honduras los siglos medios, así Rodríguez fué dignísimo compañero de los varones eminentes que, durante la pasada centuria, sacudieron la triste pesadumbre que oprimía nuestras artes, elevadas un tiempo á tan excelsas cumbres; nuestras letras, que habían resplandecido con tan vívida aureola de gloria; y nuestra política, que había ceñido al mundo entre sus brazos poderosos.

Entre los Mengs, los Maella y los Bayeu, los Luzán, los Jovellanos y los Moratines, los Campomanes, los Aranda y los Floridablanca, ocupa puesto honrosísimo D. Ventura Rodríguez, cuyo luminoso talento disipó con admirables trabajos las sombras de error y estravagancia que por toda la española tierra habían esparcido las ridículas creaciones de Tomé, Ribera y Churriguera.

Inspirado Rodríguez en los recuerdos del génio de la Grecia, sus obras se modelan armoniosamente bajo los bellos trazados de la tradición clásica; y aún girando dentro de este limitado círculo, aún ateniéndose siempre á marcados moldes, halla medio de dar á sus trabajos cierta característica espontaneidad que los pone fuera del órden de las copias vulgares.

Así es el tabernáculo del Pilar. Felizmente combinados los órdenes corintio, jónico y toscano en el templete elíptico que lo forma; cubierto este por elegante y complicada cúpula; prodigados el bronce, el mármol y el jaspe en sus airosas columnas, sus esculturas espléndidas y sus bellos bajo-relieves, coronado por muchedumbre de ángeles y santos; y dispuesto en gallarda armonía y primorosa variedad sus lineamentos todos, este tabernáculo que las gentes llaman *Santa Capilla* es preciosa joya del arte arquitectónico moderno, modelo de riqueza y de buen gusto, hermosa expresión en este linaje de obras de toda una época de regeneración para la cultura española.—No es fácil saber si ha de cumplirse el vaticinio de D. Leandro Fernandez Moratin, cuando dijo:

Estos que levantó de mármol duro
Sacros altares la ciudad famosa
Por quien del Ebro la corriente undosa
Baña los campos y el soberbio muro,
Serán asombro en el girar futuro
De los siglos, etc.

Pero, ya que no para asombrar á las edades venideras, la capilla del Pilar servirá para enseñar á las presentes que si la arquitectura no es ya lo que fué—según lo que dejo apuntado,—cumplirá dignamente su misión como los que la cultivan se inspiren en las fuentes perennes de belleza donde con tal provecho se inspiró el célebre restaurador de la basílica zaragozana.

La otra joya que está como engarzada en las naves de este templo es el admirable fresco pintado por Goya en la cúpula que hay delante de la capilla de San Joaquín.

Cuando las maneras forzadamente académicas reinaban en la pintura y cuando entre todos los artistas que sobresalían en Italia, en Francia y en España, David era el que empuñaba el cetro y con su pincel, aleccionado en lo clásico hasta la exajeración y la nimiedad, enseñaba el pseudoclasicismo, cuando ya al fuego de la inspiración que debe arder en el artista iba sucediendo la frialdad del convencionalismo que convierte al *pintor en pintador*—si me es lícita la frase,—entonces apareció Francisco Goya, el artista ara-

gonés que con cuatro brochazos aquí y cuatro charrinones allá abría á la pintura horizontes vastísimos y esplendorosos.

Comenzó Goya por comprender que al lado de las reducidas lecciones de la Academia estaban las inagotables enseñanzas de la Naturaleza y acabó por fundar, sin darse apenas cuenta de ello, las bases de la pintura moderna. El realismo en el arte lo practicó Goya como antes de él solo Velazquez y Rembrandt lo habían practicado. Apartó su pincel de rutinarias reglas y acompasados procedimientos, lo sujetó tan solo á las trabas que ciñen la misma Naturaleza, y dióle libertad para que pintara como le pluguiera, mas no para faltar en un ápice á la verdad visible y palpable. El claro-oscuro no tuvo secretos para él; sin rendir tributo exclusivo al colorido ni al dibujo, ninguna dificultad le ofrecieron los colores y las líneas. Recorrió todos los géneros de pintura; desde el capricho caricaturesco, trazado á la pluma, hasta el lienzo donde dió nueva vida al monarca poderoso; desde el cuadro de majas y toreros hasta la gran pintura mural donde aparece la Reina de los Mártires rodeada de toda la gloriosa cohorte de los testigos de la fé.

Tal es el asunto que dió pié al gran pintor para desplegar bajo las bóvedas del Pilar toda la pompa de su imaginación, todo el vigor de su pincel, toda la delicadeza de su maravilloso talento. El espíritu de Goya que parecía ajeno á las místicas alegorías del idealismo cristiano, y propio no más para atender á las escenas de la realidad humana, supo embeberse en el carácter de aquellas y trazarlas con toda la verdad y exactitud que resplandecían en las otras. Esta circunstancia, única tal vez en la larga serie de los trabajos goyescos, hace subir de punto la valía del que vengo mencionando.

La inimitable manera de hacer de nuestro célebre pintor se manifiesta aquí en toda su grandiosa espontaneidad, en toda su vigorosa sencillez.

Si asentís al parecer del gran Miguel Angel cuando aseguraba que la pintura más perfecta es aquella que más se acerca al relieve, habreis de hallar el sello de la perfección marcado en este fresco. Hay, entre otros detalles, ángeles alzándose á los cielos ó descendiendo hácia la tierra, que realmente parece que se desprenden del muro donde están pintados, y meciéndose entre puros celajes, maravillan la mente y engañan la vista del espectador.

Si la variedad en la unidad es para vosotros prenda esencial de la belleza artística, la notareis espléndidamente realizada, tanto por lo que á la composición toca como por lo que atañe á la ejecución de la obra aludida. Describir la primera fuera larga y no fácil tarea; respecto de la segunda, los conocedores de Goya comprenderán que no puede faltar aquella acentuada entonación general, un poco grisienta casi siempre, bajo la cual aparecen en armoniosa conjunción los matices todos de la paleta más fecunda.

¡Qué sublime página es esta del génio de Goya!—Fuera del otro fresco, también suyo y también admirable, aunque de muy menor importancia, que cubre el techo del coro llamado de la Santa Capilla, ésta es la única obra que dejó en el santuario zaragozano el pintor que, como leal aragonés y buen cristiano, veneraba de corazón á la Virgen del Pilar. Y hubiera llenado Goya con los rasgos de su talento la gran Iglesia si no le hubiesen malquistado con el cabildo de ésta piques y rencillas donde, preciso es confesarlo, la razón asistía más al insigne pintor que á sus no bien aconsejados contendientes. ¡Que siempre el mezquino interés se oponga al pleno desarrollo del génio! ¡Que casi nunca logre emanciparse el arte de la sórdida tutela de la especulación! Tal es por desdicha la dura ley cuyo in-

flujo trasciende á los artistas de todas las épocas, bien que los de la nuestra sean en tal punto bastante más dichosos que sus antecesores.

III.

Tales son, en breve forma descritas, las tres grandes obras que encierra la Basílica del Pilar. Las demás componen su acompañamiento.— Los grandes frescos de Bayeu, con ser admirables y con figurar merecidísimamente entre los de primer orden que hay en España, están al lado de la media naranja de Goya á modo de séquito, pero—dicho sea en verdad—séquito magnífico y grandioso; siendo delicadas notas sueltas, por decirlo así, dentro de este armonioso himno pictórico los cuadros de Coello y Potenciano, la *Purísima Concepcion* de Maella y la Sagrada Familia de escuela boloñesa que llama el pueblo poéticamente la *Virgen de la Esperanza* rodeándola como á una madona italiana, de ex-votos y de ofrendas.

Acompaña dignamente al retablo de Forment la hermosa sillería del coro principal que estuvo, como aquel, en la Iglesia de Santa María la Mayor. Es de roble de Flandes, excelentemente tallado por los maestros Juan Moreo, florentino, Nicolás Lobato y Juan de Aubray en la cuarta década del siglo xv. La fecundidad inagotable de que la inventiva ha hecho gala en tal obra, la delicadeza exquisita que el cincel luce en todas sus partes, su conjunto tan severo como agradable á la vez, dan á esta sillería legítima patente para figurar con mérito sobrado entre las mejores sillerías de las catedrales españolas. Por el modelo de tal y tan primoroso trabajo recibió Juan de Aubray la suma de *¡seis ducados!*

Formando en la línea de las obras modernas, donde descuella gallardamente el tabernáculo de la Virgen, cuéntanse entre otras cien obras, el magnífico medallón de gran relieve que representa la Asunción de María y está colocado á espaldas de la Santa Capilla, en el cual, el escultor D. Carlos Salas probó que poseía colmadamente hermosas dotes de inspiración y estudio; la Capilla de San Lorenzo, cuyo retablo de mármoles y bronce es también de D. Ventura Rodríguez; los grandiosos y elegantes mausoleos del Conde de Montemar, que tomó á Orán y venció á los tudescos en Bitonto, del general Ena, que murió en las Antillas defendiendo la integridad de la patria, y del arzobispo de Zaragoza D. Bernardo Francés, que falleció lejos de la patria, extranjero suelo.

Y sobre todo ello, coronándolo con esbelta arrogancia, se eleva la gran cúpula central, ideada por Rodríguez y edificada en las últimas grandes reformas de la Basílica. Es magestuoso su aspecto exterior y severo el contraste que sus bajos matices ofrecen con los vivos colores de las diez cúpulas menores, cubiertas con pintadas tejas que recuerdan los azulejos árabes; espectáculo que sería tan grandioso como lo concibió el famoso arquitecto del siglo xviii si se ornaran las fachadas dignamente y se levantasen, cual atalayas del santuario, las cuatro airoas torres del proyecto de Rodríguez.

Por dentro cubren la bóveda de esta cúpula pulcras y correctas pinturas *al óleo*, hechas por distinguidos artistas zaragozanos. Corrección y pulcritud, como digo, se ostentan en estas obras, pero ¡ay! tales calidades no bastan á colocar las manifestaciones artísticas en aquel alto punto hasta donde la importancia y significación del arte debieran elevarlas. Han menester las expresiones estéticas del espíritu humano algo más que correctas formas, y aún estas han de ir por necesidad perfectamente acordes con los progresos externos del arte,—si me es permitido decirlo así.— Si ese *quid* falta, si tampoco existe la condición segunda, preciso será poner en lugar harto menguado

las obras que tan despojadas estén de tales dones. Las pinturas de la gran cúpula del Pilar calificarías yo de pinturas á lo Oberveeck, y sabido es qué género de tendencias representa dentro del arte el moderno pintor alemán, aunque de tan sobresalientes prendas adornado. Si el progreso es una verdad, en nada como en las manifestaciones espléndidas del arte se halla la prueba más evidente de tan incontrastable ley. Nada pueden contra ella sistemáticos retrocesos ni torpes estatutos de inmovilidad y de rutina; para la inmensa actividad humana, enemiga de prefijados moldes y trabas determinadas, no hay más leyes que las que dan vida, grandeza y solidez á su gigante desarrollo.

MARIANO DE CÁVIA.

LA BIBLIOTECA DEL DOCTOR DON GABRIEL SORA

I.

Materia de inagotable fondo es la parte de la historia literaria de Aragón que se refiere á los eruditos nacidos en los estados de tan vasta monarquía; pero aun limitando las investigaciones á más estrecho campo, abundan los temas que pueden elegirse para dar á conocer diversas fases de la cultura que tan alto elevó el nombre de aquel antiguo reino, fecundo en aprovechados cultivadores de las letras, y no estéril en estudios de sólida erudición, adecuados al carácter perseverante de la raza pobladora de sus numerosas comarcas.

De muy antiguo varias ciudades y villas irradiaban allí el saber con escuelas y estudios frecuentados por los que habían de consagrarse á la vida religiosa, á la enseñanza, á la interpretación foral, al gobierno y administración locales y á servicios públicos en la compleja vida del Estado; pero desde que se llevó á término la reconquista de todo el territorio, tomaron briosísimo empuje las letras, y bastaron dos centurias para que todas las formas literarias tomasen carta de naturaleza en las tres ciudades, cabezas de los extensos territorios que unidos estrechamente formaban la poderosa monarquía de los Alfonsos, de los Jaimes y de los Pedros, y también los trabajos de mera erudición, modestamente cultivados en las segundas filas de las falanjes literarias aragonesas, apareciesen fecundos y nutridos, sirviendo de fundamento al vigoroso desarrollo intelectual que allí se realiza, y fortificando las creaciones de varoniles génius con el saber que las vivifica, sin impedir que sean verdaderamente inspiradas.

En las centurias xiii.^a, xiv.^a y xv.^a, las ciencias físico-matemáticas y naturales contaban en Aragón geómetras como Mauro Antonio Sorbés y Lorenzo Victoriano Molon, profesores de la ciencia de curar como Gerónimo Grillo y Francisco Morel.

La teología, corriendo esos mismos siglos, gloriábase de cultivadores, en sus numerosas fases, como el Maestro Ferrer, doctor de la Universidad de París, insigne tomista; Micer Pedro de la Caballería, cuya vasta instrucción en las ciencias eclesiásticas demuestra su célebre obra: *Zelus Christi contra Judæos, Sarracenos et Infideles*; el piadoso seglar Andrés de Li, profundo autor místico; Fray Gracian de Villanova, confesor del Sumo Pontífice Inocencio VIII; el converso Paulo de Heredia, defensor de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María y expositor de los misterios de la religión cristiana; y el venerable D. Martín García Puyazuelo; predicador insigne y fervoroso de los Reyes Católicos, en quien los profundos conocimientos y continuo estudio de los cán-

nes y de la liturgia no vedaron que fuese aventajado historiador y excelente poeta.

Cultivaban con gloria el derecho foral, en estos mismos tiempos, Martin Sagarra, íntegro y sábio justicia mayor del reino; el docto escoliasta de los fueros Pedro Naya; el hábil compendiador del derecho aragonés Fray Martin de Ateca; el varon tal vez más grave y elocuente entre los más insignes justicias, especialmente renombrado por su piedad y por su saber, Ximeno Perez de Salanova; el famoso comentarista Juan Perez de Patos; el profundo jurisperito Jaime Espital; el experto lugarteniente de la córte del justicia Arnaldo de Francia; el glosador insigne Juan Antich de Bagés; el zalmedina y justicia de Zaragoza, nunca bastantemente alabado, Martin de Pertusa; y Mosen Martin Diez de Aux, cuya vária fortuna en el ejercicio de la dignidad altísima de primer magistrado del reino amargó duramente su vida.

Florece la poesía en esa misma época con las trovas de Pedro II, el héroe de Muret; de Pedro III, el vengador de Sicilia, de Pedro IV, el *Ceremonioso*, paciente, implacable vencedor de la Union; de Juan I, el *Amador de la Gentileza*; del infortunado Carlos de Aragon y de Navarra, primogénito de D. Juan II; de D. Juan Fernandez de Hajar, experto capitán y nobilísimo caballero de la córte de Fernando el *Honesto*; de Fray Pedro Martinez, docto bibliotecario del Príncipe de Viana; de Pedro Torrellas, cuyos versos vieron la luz pública en el *Cancionero de Castilla*, dado á la estampa, por primera vez, en Valencia, corriendo el año 1511; y de Pedro Marquello, no ménos hábil en referir los gloriosos sucesos de la conquista del reino de Granada, que en inmortalizar á los Reyes Católicos, que le llevaron á feliz término, con sus preciosas rimas.

La historia eclesiástica elébase majestuosa con los escritos de Fray Pedro Baylero, de D. Antonio Barberán, de D. Diego Pablo de Casanate; y la historia profana brilla con singulares esplendores en las obras de Jaime I y de Pedro IV, que narraron sus propias hazañas como Jenofonte y César; del Príncipe de Viana, que hizo revivir en la memoria de los pueblos las glorias de sus antepasados; del Monje anónimo de San Juan de la Peña; de D. Fray Juan Garcia, encomiador de Jaime I y de Alfonso V, del ilustre prelado don Pedro de Urrea, que narró las *Inquietudes de Cataluña* en el reinado de D. Juan II, á cuyo monarca fué muy afecto; y del Padre Gauberto Fabricio de Vagad, caluroso admirador de las grandezas de su patria.

En los estudios que á la erudicion tocan, igualmente abundan los cultivadores. El célebre D. Pedro Garcés de Cariñena, camarero privado de D. Pedro Martinez de Luna y su invariable amigo en los infortunios de la contrariada vida del tenaz anti-papa, echa los fundamentos de las indagaciones genealógicas en su *Memorial de las casas antiguas de Aragon*, y don Martin de Alpartil, calificado de anticuario egregio por Zurita, ligado en gran amistad con San Vicente Ferrer y con su hermano el Padre D. Bonifacio, prior general de los cartujos, en sus *Memorias de los Ricos Hombres y antiguos linajes* del mismo reino, descubre nuevas fases en este ramo de la historia; Mosen Juan Fronton Ballester de Jassa inicia la historia corográfica, reseñando los castillos de la ribera del Jalon con memorias y noticias de las poblaciones en donde se alzaban, Alfonso V, el *Magánimo* y el *Sábio*, que hablaba la lengua latina como un docto romano del tiempo de Augusto, y escribía versos como Virgilio, que fomentaba el saber, asistiendo no pocas veces á las aulas universitarias y premiando largamente á los escolares de mayor provecho, que habia convertido su régia morada en academia de sábios, traduce las *Eptístolas de Séneca*, avalora numerosos escritos de ciencia

cristiana con profundas sentencias y con erudicion superior á la que permitia la época, y crea la numismática; el Príncipe de Viana, teólogo, filósofo, poeta, pintor y músico, traduce las *Eticas* de Aristoteles y protege á los estudiosos de la antigüedad clásica; Mosen Gonzalo de la Caballería vierte al español los libros de los *Oficios* y de la *Amistad* del más celebre de los oradores romanos, y completa la *Cosmografía* de Grifon; el Maestro Francisco Vidal de Naya, protonotario apostólico, trae á nuestro idioma las *Historias* de Cayo Crispo Salustiano, en estilo muy elevado y elegante, segun la opinion de Nicolás Antonio; Juan Pardo, insigne filósofo, matemático y poeta, amigo íntimo de Sincero Sannázaro, de Juan Pontano y de Constantino Láscaris, representa en Italia, con gloria, la erudicion y el saber de su patria; y D. Juan de Torquemada, tesorero del Rey Católico, laborioso y perseverante investigador en todo linaje de antigüedades, y con particularidad en las históricas y genealógicas, registra y agrupa numerosos textos documentales como valederos testimonios de la verdadera historia.

Pero en otro género de tareas literarias habia procedido tambien de muy elevados personajes una fecunda iniciativa, y justo será que limitemos á nuestro principal propósito las presentes indicaciones, concretándolas cuanto posible sea en uno de los próximos números de esta REVISTA.

TORBIO DEL CAMPILLO.

(Se concluirá.)

LA AUDACIA.

NOVELA POR ALFREDO DE MUSSET.

(Continuacion.)

II.

Nadie se representa hoy lo que en otro tiempo se llamaba un asentista de rentas reales sin imaginarse una enorme barriga, unas piernas cortas, una peluca inmensa y gran papada; no sin razon se han acostumbrado las gentes á figurarse así un personaje de esta especie. Todo el mundo sabe á cuántos abusos dieron lugar los arrendamientos reales; y como hay al parecer una ley en la naturaleza que hace más gordos que los demás hombres á aquellos que se engordan, no solo con su propia ociosidad, sino tambien con el trabajo ajeno, el Sr. Godeau era entre los varones de esta laya uno de los más clásicos, es decir, uno de los más gordos. En la ocasion en que le hallamos padecía de gota, cosa que estaba muy de moda por entónces, como ahora la jaqueca y los nérvios. Hundido en una poltrona, á medio cerrar los ojos, regodeábase con el espectáculo de su riqueza. Las azogadas lunas de unos cuantos espejos copiaban ámpliamente su enorme persona; sacos llenos de oro cubrian la mesa; muebles, artesonado, puertas, chimenea, cerraduras, todo, en fin, se veia dorado en torno suyo; hasta su traje, hasta su cerebro tal vez.

Calculando estaba el opulento asentista los resultados de un negocio que de fijo habia de proporcionarle unos cuantos millares de luises, cuando se le anunció la visita de Croisilles, que entró en la estancia con aspecto humilde, pero resuelto, y reflejando todo el desórden en que naturalmente debe hallarse un hombre dispuesto á quitarse la vida. Un poco sorprendido mostróse el Sr. Godeau de tal visita; pero creyó que su hija habria hecho alguna compra y se confirmó en este pensamiento viéndola presentarse casi á la vez que el jóven. Hizo á este señal, no para que tomase asiento, sino para que hablase; la señorita se sentó en

un sofá, y Croisilles, de pie, se expresó en los siguientes términos, poco más ó ménos:

—Señor Godeau, mi padre acaba de quebrar. La bancarrota de un sócio suyo le ha obligado á suspender sus pagos, y no pudiendo asistir al espectáculo de su propia vergüenza, ha huido en direccion á América, despues de haber entregado á sus acreedores hasta el último ochavo. Mientras esto ha sucedido, yo me hallaba ausente; dos horas hace que acabo de llegar y de enterarme de este acontecimiento. Me hallo absolutamente sin ningun recurso y dispuesto á morir. Es muy probable que al salir de esta casa vaya á arrojarme al agua. Ya lo hubiera hecho, segun todas las apariencias, si la casualidad no me hubiese hecho tropezar con vuestra hija hace un instante. Sr. Godeau, yo la amo con todo mi corazon; dos años há que estoy enamorado de ella y hasta ahora me habia callado por sus respetos; pero hoy cumplo un deber muy sério al manifestaros mi amor, porque creeria ofender gravemente á Dios, si ántes de morir no viniese á preguntaros si quereis concederme á la señorita Julia por esposa. No tengo la más remota esperanza de que accedais á mi petición; sin embargo, debia hacéroslo, porque ante todo soy un buen cristiano, y cuando un buen cristiano llega á tal punto en sus desdichas, que no puede sufrir por más tiempo la existencia, debe por lo ménos, para atenuar en algo su delito, inquirir todos los medios que la fortuna le ofrezca para impedir una resolucion extrema.

Al principiar el jóven su discurso, supuso el señor Godeau que venia á pedirle dinero y echó prudentemente el pañuelo encima de los sacos que tenia en la mesa, preparando de antemano una cortés y afable negativa, porque, eso sí, él siempre habíase mostrado benévolo para con el padre de Croisilles. Pero al seguir escuchando y al comprender de qué se trataba, ni por un instante dudó que el pobrecillo se habia vuelto loco. Viniéronle al pronto ganas de llamar y hacer que le pusieran en la puerta de la calle; pero advirtió en el mancebo un aspecto tan firme, un aire tan resuelto, que se compadeció de aquella demencia pacífica y contentóse con mandar á su hija que se retirase para no estar expuesta por más tiempo á escuchar inconveniencias semejantes.

Las palabras de Croisilles pusieron á la señorita Godeau encarnada como una amapola. Obediente al mandato de su padre, salió de la estancia, sin notar, al parecer, el saludo respetuosísimo que la dirigió el jóven. Al quedar solo con éste, el Sr. Godeau tosió, se levantó á medias, dejóse caer otra vez en la poltrona, y esforzándose por tomar aspecto paternal, dijo así:

—Hijo mio, no tengo inconveniente en creer que no te burlas de mí; pero sí creo que has perdido completamente el juicio. No solo disculpo el paso que has dado, sino que tengo á bien perdonártelo. Deploro en el alma que ese pobre diablo de tu padre haya hecho quiebra y haya tomado las de Villadiego; esto es tristísimo y comprendo que te se haya trastornado la cabeza. Quiero hacer algo por tí; coje una silla y siéntate.

—Es inútil, Sr. Godeau, respondió Croisilles. Puesto que me rechazais, no me queda otra cosa que hacer sino despedirme de vos. Os deseo toda clase de prosperidades.

—¿Dónde vas?

—A escribir á mi padre y decirle adios.

—¡Qué diantre! Cualquiera diria que hablas en serio; lléveme el diablo si no tienes trazas de ir á ahogarte.

—Sí, señor, á ahogarme voy; al ménos, si el valor no me abandona.

—¡Vaya, hombre! Es mucha necedad... Vamos, siéntate ahí, si te dá la gana, y óyeme.

El Sr. Godeau acababa de hacer una reflexion muy exacta: esto es, que á nadie le agrada que se diga que un hombre se ha matado despues de hablar con él. Tosió de nuevo el ricachon, tomó un polvo de su tabaquera, arrojó una mirada distraida sobre la guirindola de su camisa, y continuó:

—Tú no eres más que un loco, un nécio, un chiquillo, y es claro, no sabes lo que te pescas. Estás arruinado, corriente. Por eso no hay que desesperarse; lo que hay que hacer es reflexionar con madurez... Si tú hubieras venido á pedirme cualquier cosa, un consejo, por ejemplo, yo te lo hubiera dado; pero, hombre, ahí es nada, venir á pedirme... ¿Tú estás enamorado de mi hija?

—Sí, señor, y repito que estoy muy léjos de suponer que hayais de dármele por esposa; pero como eso es lo único en el mundo que puede evitar mi muerte, comprendereis la razon que me ha traído aquí, si es que creéis en Dios.

—Que yo crea ó deje de creer en Dios eso es lo que no te importa. Responde á mis preguntas. ¿Dónde has visto á mi hija?

—En la tienda de mi padre y en esta casa, cuando he traído alhajas alguna vez para la señorita Julia.

—¡La señorita Julia! Y quién te ha dicho á tí que se llama Julia? ¡Válgame Dios por la franqueza! Pero, llámese como quiera, Julia ó Celedonia, ¿sabes tú lo que es menester ante todo para atreverse á pretender la mano de la hija de un arrendador general del Rey?

—No, señor; lo ignoro absolutamente; á ménos que no sea el ser tan rico como ella.

—Es menester otra cosa, amiguito, es preciso tener un apellido...

—¿Un apellido? Pues ya le tengo: me llamo Croisilles.

—¡Croisilles! ¿Y qué apellido es ese de Croisilles, desdichado?

—Pues un apellido tan bonito poco más ó ménos como el de Godeau.

—Eres un impertinente y me la pagarás.

—Por Dios, señor Godeau, no os incomodeis. Yo no tengo la menor intencion de ofenderos. Si en mis actos ó en mis palabras veis algo injurioso, no teneis por qué castigarme. Al salir de esta casa, voy á arrojarme al mar.

El asentista se habia propuesto despedir á Croisilles con toda la blandura posible, á fin de evitar escándalos, pero su prudencia era menor que su orgullo ofendido. Semejante conferencia le parecia monstruosa; no quería creer lo que estaba oyendo.

—Escucha, dijo con tono resuelto, no es posible que estés tan demente que no te quede algo de sentido comun. Vamos á ver, ¿eres rico?... No. ¿Eres noble?... Mucho menos. ¿Qué te has propuesto, pues, obtener de mí? ¿Marearme y lograr por sorpresa tu capricho? No lo conseguirás, amiguito. Además quieres hacerme responsable de tu muerte. ¿Tienes alguna queja de mí? ¿Debo un solo ochavo á tu padre? ¿Tengo yo la culpa de tu situacion? Puesto que ese es tu gusto, échate al mar de una vez y déjame en paz.

—Eso es lo que voy á hacer inmediatamente; bésoos la mano, caballero.

—Eh! un momento todavía! No quiero que se diga que has recurrido en vano á mi bondad. Toma, muchacho; ahí van cuatro monedas de oro, véte á comer á la cocina y que ya no oiga hablar de tí.

—Muchas gracias; ni siento hambre ni tengo nada que hacer con vuestro dinero.

Croisilles salió del gabinete, y el ricacho, creyendo haber cumplido con su conciencia dignamente, se ar-

rellanó en su poltrona con toda comodidad y reanudó el hilo de sus dorados pensamientos.

Mientras pasaba lo que he dicho, la señorita Godeau no estaba muy lejos. Obediente á las órdenes de su padre, se habia retirado, es verdad; pero en vez de volver á su cuarto, habia permanecido escuchando detrás de la puerta. Si la extravagancia de Croisilles le parecia inconcebible, en cambio no la hallaba ofensiva en modo alguno, porque el amor, desde que el mundo existe, jamás se ha tomado como ofensa. Por otra parte, como no era posible dudar de la desesperacion del jóven, la señorita Godeau se encontraba interesada á la vez por los dos sentimientos más peligrosos para las mujeres: la compasion y la curiosidad. Cuando vió terminada la conversacion y á Croisilles pronto á salir, atravesó rápidamente el salon en que se hallaba, huyendo de que la sorprendieran al acecho, y se dirigió hácia su habitacion, pero volvió pasos atrás casi inmediatamente. A pesar suyo, le palpitaba el corazón ante la idea de que el mancebo iba tal vez á darse la muerte por su causa. Sin darse cuenta de lo que hacia, marchó al encuentro de Croisilles; el salon era grande y los dos jóvenes, avanzando con lentitud, tardaron á encontrarse frente á frente.

Él estaba pálido como un muerto; ella buscaba en vano palabras para expresar lo que sentía. Al pasar al lado de él dejó caer un ramito de violetas que en la mano llevaba; el jóven bajóse al punto, cogió el ramito y lo presentó á la linda doncella, pero ésta, en vez de tomarlo, continuó su camino y entró en el gabinete de su padre.

(Se continuará.)

LA FUENTECILLA AMBICIOSA.

(FÁBULA.)

Clara y fresca al pié de un sáuce,
del fondo de blancas guijas,
entre lavadas arenas,
brotaba una fuentequilla.
A la sombra de las flores
en las márgenes nacidas,
sobre las hierbas del césped
sembrado de margaritas,
la fuente se deslizaba
y el paso veloz torcía
por la pradera adelante;
en sus aguas cristalinas
pájaros, hierbas y flores
mirábanse con delicia,
y aromas mil perfumaban
en torno la dulce brisa.
Bandadas de mariposas
juguetonas acudian
revoloteando á la fuente;
y pintadas avecillas
entre trinos y gorgeos
en sus cristales bebían.
Palomas enamoradas,
semejantes á barquillas
que por el mar se pasean,
las cabezas sumergían
en las aguas de la fuente
y, entre arrullos y caricias,
dejábanse ir agua abajo
por la corriente impelidas.
Favonio galan rizaba
la superficie tranquila
de las aguas transparentes;
zagalas las más garridas
llenaban agua en la fuente,
las rosas de sus megillas

con el líquido regando...

No habia más que sonrisas
para la fuente en el valle.

El sáuce al verla, decía,
siempre corriendo, corriendo:

«No corras no, fuentequilla,
de tu pátria no te alejes,
mira que es falsa la dicha
que esperas lograr saliendo
del valle que te cobija.»

«Calle el viejo, contestaba
la inexperta fuentequilla,
y guarde rancios consejos
para quien quiera y los pida:
yo hace tiempo me voy sola.»

Y cual descastada hija
siguió corriendo, corriendo,
sin saber á dónde iba.

Hollando la verde grama
alegre, rápida, erguida,
muy pronto salió del valle
y dábase tanta prisa
por de su pátria alejarse,
que, sin saber lo que hacía,
se arrojó desde lo alto
de peña resbaladiza.

Siente el dolor la cuitada
y con el golpe se irrita,
ruge, y de blanca espuma
todo lo llena y salpica.

No sin murmurar, la calma
recobra, y una balita
formada con sus despojos
al pié de la peña dicha:

«Descansad aquí en mis ondas,
buena madre,» la decía;

mas desdeñosa la fuente

torna la cabeza altiva

y sin dignarse mirarla
de nuevo á correr principia.

No léjos de allí entre juncias
un riachuelo corria:

voló á su encuentro la fuente,
penetró por una orilla

y confundió sus cristales
con las cenagosas linfas.

Ya no hubo para la fuente
hierbas, flores, ni avecillas;

ninguno volvió á mirarse

en sus aguas cristalinas,

ni los alados cantores,

ni las palomas blanquísimas,

ni el ambiente perfumado,

ni las olorosas brisas

tornaron más á la fuente.

En el arroyo escondida

se precipitó en un rio;

empujó á la pobrecilla

el rio sin miramientos,

y de caída en caída,

corriendo, siempre corriendo,

llegaron á unas marismas

y allí fuente, arroyo y rio

hallaron su tumba fria.

Tal sucede al inexperto
que el plácido hogar olvida,
y en el torrente del mundo
la ambicion lo precipita.

M. POLO Y PEYROLON.

Tarazona 6 Julio 1879.

TIPOS DEL PROSCENIO.

ANTONIO VICO.

No es una biografía lo que voy á hacer.

Falta para ello en la historia del primero de nuestros actores dramáticos esa variedad de accidentes, esos hechos de gran resalte, que dan á semejante género de narraciones vivo interés y agradable encanto.

Hijo de un actor de carácter, llamado de igual manera que él, y entrado desde los primeros días de su juventud en la carrera teatral, no ha separado de ella ni un momento su amor y sus estudios. Y eso que los comienzos fueron poco lisonjeros para la vanidad del joven artista. Quizás esa misma circunstancia contribuyó á madurar su talento y á dar solidez y expresión á sus trabajos; quizás por virtud de esas primeras amarguras puede hoy recojer Antonio Vico con más orgullo y más legítima satisfacción los laureles que el público español le otorga. El desquite ha sido brillante. Antonio Vico es de la tierra que ha dado á España más artistas, más poetas y más oradores que las demás provincias juntas; es andaluz, y por añadidura de Jerez, del país donde,

ciñe el hispano báquica diadema
y en gotas de oro se trasforma el rayo
del sol que alumbraba la andaluza tierra.

Por un caprichoso contraste como tantos otros que hallamos en la vida, Antonio Vico empezó su carrera haciendo papeles de segundo gracioso.

Ignoro cómo cumplía entonces sus deberes artísticos, ni si entonces fué cuando esa temible y espantosa hidra de seiscientas cabezas quiso clavar en el novel actor sus uñas aceradas; pero afirmo que, así como por sus prendas de ánima y de cuerpo, ha llegado Vico á ocupar puesto principal entre los actores dramáticos, hubiera sido sin duda alguna el primero de nuestros cómicos, si á este linaje de trabajos hubiese consagrado sus especialísimas aptitudes de gracia natural y espontáneo desenfado.

Tipos y obrillas de carácter puramente cómico interpreta Vico de cuando en cuando, y es de ver de qué buena gana y con qué gusto ríe á carcajada suelta aquel mismo auditorio que de tal suerte se estremece y conmueve viéndole hacer *La Muerte Civil* ó *Locura ó Santidad*.

Este privilegio del talento de Vico débese á la índole del género realista en que tan brillantemente sobresale. El estudio de la Naturaleza no puede ménos de producir, en todas las esferas del arte, esos sorprendentes resultados.

Las dotes naturales y artísticas de Antonio Vico no podían ceñirse al limitado terreno en que hizo sus primeras armas. Su gallarda figura, sus marcadas aficciones y el desarrollo de su talento, llamábanle al género serio, y, con efecto, en 1862 estuvo ya en Granada, al lado de Victorino Tamayo en calidad de primer galán joven.

Pasó luego á Málaga con Teodora Lamadrid y después á Valencia, donde hubo de permanecer seis años.—Los teatros de provincias, que á un actor hecho y derecho sólo prestan medios para amanerarse son para los artistas jóvenes y principiantes escuelas provechosísimas, porque la frecuente variación del espectáculo y la diversidad de tipos que el artista ha de interpretar constantemente, sirve no poco para tantear las aptitudes especiales de cada cual y marcarle el derrotero que en sus trabajos debe emprender.

Los de Antonio Vico tomaron bien pronto el vuelo que les correspondía. En el año 1870 presentóse en el teatro de la Alhambra de Madrid y el público de la villa y corte, poco propicio para prodigar sus favores al artista que por primera vez los solicita, calificóle de

actor notable y digno de pasar á escenarios de mayor cuantía que el de la calle del Barquillo.

Entonces fué cuando *La Capilla de Lanuza*, obra celebradísima, en un punto nos reveló á un poeta de primera fuerza y á un actor de primer orden.

El público zaragozano no habrá olvidado seguramente cómo el éxito alcanzado en Madrid por el drama de Márcos Zapata se reprodujo aquí, al ser representado en el teatro de la calle de los Sitios.

Un año después, durante la temporada de 1871-72, ocupaba las tablas del Teatro Principal el distinguido actor, arrancando á este público constantes aplausos y muestras continuas de satisfacción y simpatía.

Por fin, Vico fué á ocupar el sitio que á sus talentos estaba reservado en el primer teatro de la Nación; pero su mérito no brilló en todo su esplendor hasta que apareció en la escena española el génio de Echegaray.

Las obras de este eminente autor dramático, ensalzadas por unos hasta aquellas alturas soberanas, donde se cierne el númen de Shakspeare, Calderon y Schiller, fustigadas por otros con implacable dureza y aun tenidas por espíritu de aberración y de extravío, reconocidas por todos como hombre superior y de elevadísimas cualidades, las obras de Echegaray, digo, donde por maravilloso modo se funden los recuerdos del fatalismo clásico, los ímpetus generosos del romanticismo y las desnudas asperezas del realismo moderno, no han tenido ni tienen intérprete más fiel que Antonio Vico.

Si se me permitiera, para hacer más gráfico el pensamiento, usar una fórmula matemática, diría que:

Vico : Echegaray :: la expresión : la idea.

No ha habido triunfo para el autor de *Locura ó Santidad*, del cual no pueda recabar para sí una buena parte el aplaudido actor. Y aun se puede asegurar, sin pecado de exageración, que alguna de las audaces concepciones del poeta no la hubiese sancionado el público, si Vico no hubiera desplegado al interpretarlas los recursos todos de su talento y su experiencia.

¿Han llegado ambas cualidades á su total madurez?

Antonio Vico se ha hecho dueño por méritos propios del más alto puesto que dentro de su carrera pudiera apetecer; y sin embargo, entiendo que no ha llegado aún al *summum* que debe anhelar y conseguir.

Merced á una dolencia física que confirma la sentencia antigua de *que no hay mal, que por bien no venga*, experimenta hoy el distinguido artista una modificación favorable en su estilo. Le es ya muy difícil apelar á ciertos recursos vocales de más efecto que mérito real; y á falta de ellos, cuida más y mejor de la acción, del gesto y de esos mil detalles, de esos matices variados, que producen un conjunto seductor y dán al personaje que el artista interpreta fisonomía propia, vida palpitante y animado aspecto de realidad.

Además de esto, Antonio Vico es joven. Treinta y nueve años son la flor de la edad viril y vigorosa.

Bien se puede, pues, esperar de él copiosa y selecta cantidad de frutos sazonados.

Antonio Vico es hombre de ameno trato, gustosa conversacion y cultivado ingenio. Pica de poeta, y con razón, porque compone á sus horas lindos versos que le valen los elogios de los inteligentes, y aun los aplausos del público cuando se decide á dárselos á conocer. Reune, en fin, bellas dotes de afabilidad é ilustración. Por eso cuenta tantos amigos como admiradores.

¡Ah, se me olvidaba...! No sé si alguno de ustedes tendrá interés en saber que Vico posee una encomienda de Isabel la Católica que le otorgó el Gobierno.

La encomienda de primer actor de los teatros españoles que le ha otorgado el público es la que verdaderamente le honra y le distingue.—*Armando Azevia.*